BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS ORIGINALES

DEL

CONDE DE FLORIDABLANCA,

Y ESCRITOS REFERENTES A SU PERSONA.

COLECCION HECHA É ILUSTRADA

POR DON ANTONIO FERRER DEL RIO,

de la Real Academia Española.

MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1867

HONORES SEPULCRALES

Á LA BUENA MEMORIA

DEL SEÑOR DON JOSEF MOÑINO, GOMEZ, COLON Y LOAYSA,

PRESBÍTERO,

QUE FALLECIÓ EL 10 DE MARZO DEL PRESENTE AÑO 1786;

PRONUNCIADOS EN 18 DEL MISMO, EN LA AMPLÍSIMA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JUAN BAUTISTA,

POR EL DOCTOR DON JUAN LOZANO Y SANTA,

dignidad de capellan mayor de la santa iglesia de Sigüenza, y rector del real seminario de Pios Operarios y Teólogos de San Isidoro de Murcia.

FIDELÍSIMA Y NOBILÍSIMA CIUDAD DE MURCIA.

La singular y apreciable confianza que merecimos á usía cuando se sirvió poner á nuestro cuidado significar su pena en la sentida muerte de el señor don Josef Moñino, Gomez, Colon y Loaysa, y se hiciesen suntuosas exequias á tan dignísimo compatriota y bienhechor, nos alienta á ofrecer á sus aras estampada la oracion fúnebre que usía oyó con ternura y piadosa atencion, para que perpetuándose á la posteridad retratado un filósofo cristiano y un venerable sacerdote, tengan los que le imiten la felicidad más próspera, usía un irrefragable testimonio de su amor y cordial afecto á los hijos de la patria, y nosotros la ventura de haber acertado á desempeñar tan justas intenciones, en manifestacion de la resignada obediencia á los preceptos de usía, etc.—Don Alejo Manresa.—Don Joaquin de Elgueta.—Don Gregorio Carrascosa.—Don Mateo de Ceballos.—Don Salvador Vinader Corvari.—Don Ventura Fuertes.

Mortus est in senectute bona.
(*Gen.*, cap. XXV.)

Hoy se cuenta el octavo de los dias consagrados á los funerales que se tributan á la buena y compasiva memoria de aquel venerable anciano y sacerdote respetable, el señor don Josef Moñino y Gomez. Hace ocho dias que sus miembros tienen estrecho comercio, en las entrañas de la tierra, con la tierra misma. Ya dió principio á resolverse en polvo el polvo *frágil* de sus carnes. Ya (segun la frase de Job) aquella su lengua está en sábia conversacion, diciendo á la podre más humillante y horrenda: «¡Oh corrupcion! *tú eres mi padre natural*; *Putredini dixi, Pater meus es tu.*» Tambien protesta á los gusanos que le rodean: «Vosotros sois mi madre y mis hermanos; *Mater mea, et soror mea vermibus.*»

Mas no son éstos los coloquios de su alma. Es inmortal. Hoy retiene la misma vida. Aquella con que, informando á su cuerpo, le comunicaba vitales movimientos. Ignoramos su destino; mas la esperanza desde luégo persuade estar en carrera de salvacion, y para que prontamente sea ciudadana entre los ángeles y bienaventurados, se multiplican, ya sacrificios, ya el canto de los salmos, ya lúgubres y patéticas armonías de música devotamente religiosa.

Si en dictámen de san Agustin y de su fiel discípulo el Angélico, sirve la música al consuelo de familias interesadas en el honor de sus difuntos, tambien la limosna, que sostiene los ministros de esta profesion, hace el refrigerio de las almas, segun el pensamiento del mismo Angélico. Si esta multitud de antorchas que rodean su tumba elevada no valen para el sufragio, valen, á lo ménos, para conocer que ha muerto el señor Moñino en la confesion de la fe divina, á quien llama David la antorcha de sus piés. Si el incienso que se tributa á los difuntos no alivia sus penas, es útil á los fieles para entender que se les da en atencion á que sus propios cuerpos fueron el templo vivo del Espíritu Santo, quien habitó dentro de ellos, mediante las aguas del bautismo.

En suma, todo este serio aparato de luces que brillan, de inciensos que humean, de misas y oraciones armoniosas que resuenan, se debe al decreto de la ciudad; ciudad distinguida entre las de España por siete coronas, y no ménos florida que opulenta, que política, que afecta á la casa recomendable, hoy revestida de lutos tristísimos; ciudad, por último, llena de fe no ménos santa que apostólica, que romana.

Los miembros deben servir á la ciudad, y debe la ciudad premiar sus miembros. Murcia distingue los suyos, áun cuando ya dejaron de serlo. Ya no lo es el circumspecto anciano, que ha volado (como es verisímil) para alistar su nombre en otra ciudad, que es la de Jerusalen, ó espera, por lo ménos, alistarse brevemente. Y en órden á estos designios, *nuestra ciudad*, *sus magistrados*, *su órden* senatorio, no dedica á la memoria del difunto, ó estatuas, ó inscripciones, ó juegos gladiatorios, ó cenas de sacerdotes epulones, segun el genio de nuestras ciudades cuando eran no ménos profanas que gentiles. Consagra, sí, y hace consagrar por sacerdotes, la cena del Cordero, que borra los pecados del mundo y redime las almas del purgatorio.

Se digna querer tambien articule yo acentos sobre los sucesos de la vida de este su digno ciudadano; que, en suma, es apetecer le mortifiquen mis labios; mas con el fin sin duda de que, acrisolada su alma de las reliquias del pecado, vuele con celeridad á la patria. Esto significa no haber juzgado á propósito servirse del celo, sólida y fina elocuencia de los Masillones, Bourdalues, Flecheres, Tornés, La Rues, Dijones, Duperrines, que alimenta dentro del seno. Padecerás, pues, ¡oh respetable anciano! bajo del yugo de la tibieza nativa que me oprime. Mas ¡oh, qué antorcha! y es la fe de este gran concurso, que no necesita de espuela; ántes sabrá aliviarte, consiguiendo del Altísimo, en desagravio, las *respiraciones* que solicita un alma del purgatorio, ó bien incrementos de gloria.

Para colegir que un alma está en carrera de salvacion, admiten los teólogos, con los padres, sus ciertas probabilidades. No las perderé de vista. Mas todas se cifran en esta palabra: *filosofía cristiana.* Yo descubro, en el público tenor de vida que hizo el difunto, un *filósofo cristiano.* Parece que pudo decir al Señor: «Tu ley divina ha servido á mi discurso y á mi razon; *Lex tua, meditatio mea est.*» Y por esta su práctica debo reproducir lo que pronunció el Espíritu Santo en elogio de otro *sacerdote*, anciano venerable, y *no ménos verdadero padre* de una familia numerosa: *Mortus est in senectute bona.*

Así, tambien diré que una ancianidad de ochenta y tres años, once meses y diez dias; ancianidad á todas luces buena, como fruto de la filosofía de la Iglesia, ha conducido al sepulcro el cadáver de este padre piadoso, que deja igualmente sobre la tierra una familia dilatada: *Mortuus est in senectute bona.* Doy principio; mas ofreced por su descanso *una breve oracion.*

§ I.

Todos los esfuerzos del Crisóstomo, ya tronando desde los púlpitos de Antioquía, ya instruyendo en los de Constantinopla, se encaminaban á que tratasen los cristianos de filosofar en órden á las grandezas de este valle de lágrimas. ¡Con qué energía declama contra el orgulloso Eutropio, ministro privado del emperador Arcadio en la córte de Constantinopla (y en el mismo lance de proteger su vida), porque no habia hecho el uso conveniente de esta máxima! Pero ¡con qué adhesion, tan fina, tan cordial, miraba al reflexivo y devoto Amancio, gran ministro de Estado en la misma córte, viéndole perfectamente poseido de tan bellas exhortaciones!

Mas, segun observo, estoy por sostener que el padre de un ministro, que hace ruido en las córtes de Europa, no tenia necesidad de la lengua ni del fuego del Crisóstomo. Su genio, su paz, sus luces, su hombría de bien y el cristianismo bien penetrado, parece, segun *todo su exterior*, que le *hizo abrazar* desde luégo este bello elemento, y no ménos fundamental, de la filosofía cristiana: *Qui utuntur hoc mundo tanquam non utantur* (1). San Pablo, divinamente inspirado, lo dió á luz, y la serie de acaecimientos que visitaron su casa, su persona, su larga edad y su digna familia, hace ver que jamas lo perdió de vista.

El apóstol de las gentes no prohibe gozar, ó los honores, ó las dignidades, ó los títulos, ó los inciensos, ó los tesoros. Prohibe, sí, una inquieta solicitud, una sed ardiente, que no perdona los más extremados desvelos. Prohibe que, en el hecho de disfrutarlos, quede prisionero y cautivo el corazon, fijando en ellos su gloria y su último fin. Pretende que un potentado sea el filósofo de su religion, derramándose en beneficio de sus semejantes. Entre los orientales era un grande del mundo, tanto en honor como en riquezas, aquel solícito padre de siete hijos y tres hijas, el santo Job. Mas ¿cómo filosofaba esta alma inocentísima? *Dominus dedit.* El Señor ha enviado este cúmulo de felicidades á mi casa. ¿Padecen naufragio sus prosperidades? No muda de sistema. Inalterable viene á exclamar: *Dominus abstulit.* El mismo Señor, que las habia concedido, ha tirado de ellas.

(1) *Ad Cor.*, cap. VII.

Y ¿fué ésta, por ventura, la filosofía práctica del señor Moñino? No puedo dudar, si considero el tenor de sus acciones en lo próspero y en lo adverso. Segun ellas, descubro en su persona el filósofo cristiano. Lo es, en efecto, respecto de *sí*, de sus ciudadanos y de su Redentor. Respecto de sí, porque se amó á sí mismo; respecto de sus ciudadanos, porque los *amó*; y respecto de Jesucristo, porque ha dejado vestigios de ser discípulo de su amor.

§ II.

No serán pocos los que admiren alegue yo por demostracion de filosofía cristiana el amor de sí mismo, el amor propio. Estoy, sin embargo, léjos de retractarme. Toda la moral condena el amor desordenado de sí mismo; el amor propio que hace pensar más en los deleites de la carne que del espíritu, más en los triunfos de una gloria terrena que en los preciosos de la inmortal, más en los arbitrios, manejos, ardides, cábalas, para conseguir lo que acomoda, lo que hace brillar; ménos en las operaciones que conquistan por su gran mérito las felicidades, que jamas se marchitan. Pero el amor de sí mismo, que profesa en el retrete de su habitacion el filósofo anciano de quien hablo, es muy diferente en todo su aspecto.

Se ama á *sí mismo, no con amor delincuente, sino* con el que santifica toda la filosofía de la naturaleza; el que recomienda la moral, el que únicamente canoniza el Evangelio, ó por sus labios el Autor del Evangelio. Si fuera éste un amor réprobo y destruidor, no le designaria el Maestro de los hombres por norma de amar á los hombres. Mas lo *dió* en efecto al pronunciar: «Así como te amas á tí mismo, así has de amar al resto de los mortales; *Diligis proximum tuum sicut te ipsum.*»

Yo, pues, no descubro desórden relativo al amor que profesó de sí mismo nuestro filósofo, natural y cristiano. Guadalupe, ó por otro nombre Maciascoque, pequeña poblacion de la vega de Murcia, da su cuna á este Josef, como al de su nombre una pequeña aldea de Palestina. Nace por el año 1702. El 3 de Abril renace por el bautismo, aprecia este segundo nacimiento y mira con desden el primero. La decadencia de su casa no podia arruinar su orígen esclarecido. Pero ¡quél ¿nuestro filósofo habla jamas de su orígen? San Mateo describe la ilustre prosapia de san Josef: *Jacob autem genuit Josef.* El nuestro jamas hace memoria de la suya. Aquel Josef estaba como oscurecido y eclipsado. Las riquezas no fueron su patrimonio. Ved aquí el motivo. Mas al filósofo Josef en ninguna de sus vicisitudes se le oye decir: *Yo soy* del valle de Moñino, situado en las montañas. La órden de la Banda y de Santiago, con sus encomiendas, están en el pecho del duodécimo y décimotercio de mis abuelos. El décimo fué mayordomo, y toda la confianza del ter-

cero de los Enriques. Mis enlaces son positivos con las casas de Manrique de Lara, de Enriquez, de Guzman, que es decir, con lo más acrisolado de la grandeza. Soy consanguíneo del gran patriarca santo Domingo, y los testimonios más auténticos, más irrefragables lo testifican (1). ¿Dirá, por lo ménos: La casa de Loaysa y de Colon están en la mia? (2). Nada. Se rie de sí mismo, y previene á los suyos: *Proceded bien.* El buen proceder es lo importante. ¿Cómo procederia el que así hablaba? Sus padres, á la verdad, no le instruyeron en estos elementos de mundo. Los que forman la religion fueron los suyos. La explican en su presencia y la entiende. Le aplican á las letras y se aplica. El idioma nativo, el toscano, el latino le adornan luégo. Sus epístolas, ó italianas ó latinas, giran hasta Roma, y alguno de los eminentísimos es su corresponsal.

Ya fermenta su juventud y da un paso, al parecer, en vago, pero es en obsequio de la sociedad. Se decide por la profesion de las armas y vence los Alpes. Nació en tiempo de la guerra de succesion. El ardor marcial de sus mayores, de aquellos capitanes, los Alfonsos, los Toribios, los Benitos, corria en sus venas y los imita (3). Sucesivamente satisface con decoro, ó sin nota de ignominia, las funciones de su estado, ya en el matrimonio, ya en el sacerdocio. Jamas se le tilda por la fuerza de propension al otro sexo. La fe pública está confiada á su mano, y jamas le hace traicion. Su conducta es formal, grave, apacible, humana. Tiene ódio á toda cavilacion, y este ódio se hereda felizmente. La trampa, la exaccion inicua son incompatibles á su honor. La codicia jamas le domina. Tiene proporciones para restituirse las rentas eclesiásticas, que pierde con la desgracia de uno de los suyos, y no da paso alguno. Insta el obispo Cartaginense, y resiste. ¿Trae, por último, escritas las preces para que firme? Es dócil y suscribe. La parcialidad, el incendio de las discordias, soplar el fuego de la irritacion, no, no es el genio de este ciudadano. Puede llamarse justamente el israelita sin doblez; *Israelita sine dolo.*

Mas ya Dios le visita con tribulaciones; ¿qué hará? Adorar luégo la mano que descarga el azote. ¿Una de sus hijas muy amadas se halla en el tránsito de morir? Pues ya este padre natural es el padre espiritual de la agonizante, á quien auxilia con entereza propia de un sacerdote extraño. Dios prohibe que el sacerdote Aaron llore la muerte de sus hijos Nadab y Abiu. Este sacerdote se lo prohibe á sí mismo. Ya pierde otro de sus hijos en la flor de sus dias y ricamente dotado. No hace extremos, se resigna; mas ¡oh, qué nueva tragedia! ¡qué gran torbellino viene á descargar sobre la vida y las esperanzas de Josef el jóven! ¿Qué hará el anciano Josef? ¿Ha de exclamar, como el otro partiarca, no ménos anciano; ha de exclamar, trasportado y fuera de sí, como aquél: ¡Oh mi Dios! la fiera cruel, la gran bestia de una enfermedad voracísima quiere despedazar ó ha despedazado ya á Josef el amado? *Fera pessima, bestia devoravit Joseph* (4). ¿Ha de rasgar sus vestidos, llorando por mucho tiempo, como aquel patriarca? ¿Ha de proferir, como éste, al contemplar otra desgracia: Sin duda eres, hijo mio, el principio de mi dolor? No, señores; á pesar de su pena, escribe á una de sus hijas, entónces ausente, exhortando se arme de conformidad, porque en breve le escribirá sobre la muerte de su propio hermano.

Ved aquí el hombre que se ama á sí mismo, que está en la posesion de sí mismo, que en todas sus edades, estados, profesiones, variaciones, parece que no sale de sí mismo. ¿La moral, ó de Séneca, ó de Plutarco, ó Ciceron, ó Sócrates, ó Cenon, ó Platon, no se ve aquí practicada, ó diré mejor, la moral del Evangelio? Este hombre siempre es la ley de sí mismo, y su amor le da la ley. Lo que dice san Pablo de los gentiles, articularé yo de este filósofo cristiano en sentido más ventajoso: *Sibi ipsi sunt lex.*

¿Este amor de sí mismo, os parece, señores, muy dulce y fácil? Si lo es. ¿Cómo son tan pocos los que se aman, tan muchos los que se aborrecen? El desórden del amor, ¿qué viene á ser sino el ódio más pernicioso contra nosotros? ¿Se ama, por ventura, el que estraga la salud en obscenos deleites? ¿El que, arrebatado de cólera, ó enferma, ó muere, ó quiere matar? ¿El que, por bandos, partidos, discordias, vive en la region de la inquietud? Éstos se aman á sí mismos con ódio cruel; porque aman la pérdida de la hacienda, de la fama, de la vida y del alma. Quien así ama, ciertamente ama su perdicion, y en el mismo sentido dijo san Juan: *Qui amat animam suam, perdet eam.*

El candor, sin duda, vivir de la profesion, la buena fe y la fe de la eternidad, contenian en efec-

(1) Don Alfonso Perez Moñino fué comendador de Santiago, reinando don Alfonso XI. Don Toribio Perez Moñino, su hijo, fué caballero de la Banda, capitan de la nobleza de la ciudad de Trujillo y Cáceres, mantenida á sus expensas, en tiempo del rey don Pedro I. Don Alonso Perez Moñino, capitan de la misma nobleza, alcaide de Segovia, secretario y valido de Enrique II, caballero de la Banda. Su esposa, la excelentísima señora doña Beatriz Manrique de Lara.

Don Benito Perez Moñino, caballero de la misma órden, alcaide de Trujillo y Segovia, mayordomo mayor de Enrique III; y su esposa, la excelentísima señora doña María Enriquez de Guzman.

(2) Todo consta de la real carta ejecutoria expedida, en tiempo del mismo Enrique III, á favor de los señores Moñinos, y confirmada en el siglo presente, como de otros instrumentos fidedignos. Tambien los enlaces con las casas de Loaysa, Colon, Godoy, Torres y Trebiño.

(3) El capitan Benito Perez Moñino fué uno de los conquistadores de Orihuela; tambien su poblador. Se le consignó el pago de Zeneta y Campo de Salinas. Militó en el siglo XIII, bajo las órdenes de don Jaime el Conquistador. Consta del Paterna Vellot y Almunia, que contienen los repartimientos de tierras, y obran en el archivo de la expresada ciudad.

(4) *Levit.*, cap. X; *Gen.*, cap. XXXVII; *Gen.*, cap. XLIX. Primogenitus meus principium doloris mei.

to las pasiones de este filósofo, y en bello órden su amor. Mas ya una de estas pasiones, la más violenta, y que debia ser la dominante, se arroja para trastornar toda su filosofía. La gloria de la ambicion le ataca por todas partes. Intenta sumergirlo en mares procelosos y hasta el abismo. Ya temo que va á peligrar su constancia, y á corromperse aquella su *inalterable serenidad*. ¡Oh escollos de la grandeza humana! ¡Qué sin número de víctimas sacrificais cada dia! El señor Moñino admira una grande escena. Amanece la aurora en su casa. Le cantan motetes los ruiseñores. Todas sus estancias se trasforman en hermosos y floridos jardines. Puede blasonar, como el otro anciano Jacob, que su primogénito es el primero en los dones, y en el imperio el mayor: *Primogenitus meus, prior in donis, major in imperio* (1). Puede gloriarse que un Cárlos ha querido entienda la Europa entera que Josef está declarado por el alma de los negocios de la nacion: *Præpositum esse scirent universæ terræ Egipti* (2). Aquí, abandonada la filosofía, deberá formar proyectos y acercarse al trono, como la madre del sabio en el pueblo de Dios. Deberá, por lo ménos, apetecer la córte, para ver y gloriarse en la elevacion del fruto de sus entrañas.

Esto, por lo ménos, le era muy lícito, sin lastimar la filosofía cristiana, porque el justo puede usar de las felicidades del siglo, con accion de gracias al Todopoderoso: *Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur*. Quiere, sin embargo, ser austero, renunciando las permisiones de la santa religion, y áun se priva de lo que juzgó á propósito concederse Jacob. Este patriarca se abstiene (es mucha verdad) de hacer extremos y ostentar placeres en virtud de las noticias del Egipto que anunciaban las exaltaciones de su Josef; mas no resiste al deseo de verle, y de ir á la córte para gozar su presencia. Logra este regocijo y exclama: Moriré alegremente, porque ya he conseguido ver el rostro del amado: *Jam lætus moriar, quia vidi faciem tuam* (3).

Esta primera vista fué en el territorio de Gessen; aquí se conferencia sobre la política que se ha de observar en la córte, qué palabras se han de exponer en el acto de presentarse al Monarca, para conseguir la gracia de hacer suya la tierra pingüe de Gessen. Ya, con efecto, presenta aquel hijo la ancianidad de su padre al pié del trono; el Rey le habla con dulzura, dignándose preguntarle por su edad. Mas oida su respuesta, y obtenido el permiso de retirarse, derrama el santo patriarca mil bendiciones sobre el alma del Soberano. ¿Y el señor Moñino? Muere como víctima de su moderacion. En el espacio de ocho años ha tenido oportunidad de ir á la presencia del mayor de los monarcas, ó de hacer, por lo ménos, frecuentes visitas al Ministro de Estado. No las hace, se abstiene, y muere alegre como si las hubiera hecho. ¿Ha pretendido acaso viajar con este designio? Si lo hubiera intentado, ¿hallaria obstáculos en la política sana y sencilla de un ministerio á quien da *movimiento* la humanidad? Sus fuerzas y salud ¿no fomentarian estos pensamientos? Si descubre una ú otra vez como *exhalacion fugitiva* al que viene de Roma con todos los conocimientos de la diplomática y con todos los sabios gustos de aquella córte eclesiástica, ¿cuál es la opinion del venerable anciano? Manifestar con sales festivas que es humo toda grandeza, y que únicamente tiene de sólido ser útil por ella á los pueblos y á las provincias.

Mas, ya que no resuelve dar á su corazon esta gloria transitoria, ¿se facilitará alguna otra en el país? ¿ó tertulias súbias, ilustres, ó lujo y pompa en los vestidos, en los banquetes, en las carrozas, en el gran cortejo de criados, ó bien hará de personaje entre sus compatriotas? ¿Les dirá acaso: Amigos y ciudadanos, soy más dichoso que el padre, ó de Richelieu, ó de Mazarino, ó de Alberoni, ó de Campillo, ó de Macanaz, ó de Kaunitz, ó de Perenot, ó de Cisneros? Sus padres no ciñeron la diadema de verlos dar impulso á las monarquías; con todo, el Dios de las misericordias ha reservado para mí esta corona. Por lo ménos, ¿estará haciendo alarde de que su casa es visitada, ó de los príncipes de la Iglesia, ó de los generales del ejército, de los embajadores de Francia, Alemania, Rusia y enviados de Marruecos? ¡Ah señores! no da permiso á su vanidad para que respire. La oprime, la reprime, y la misma naturalidad con que corteja á estos varones esclarecidos es la gran prueba de su filosofía. Siempre manifiesta el mismo estado, el mismo órden de cosas, el mismo hombre y el *inalterable amor de sí mismo*. Permitid, pues, le acomode aquellas palabras del Apóstol: *Tu autem idem ipse es*. Tú eres dos veces el mismo. Una entre las exaltaciones, otra entre las adversidades. *Idem ipse*. Porque verdaderamente amas el estado antiguo de tu carne en toda vicisitud y variacion. La filosofía del profeta Isaías, *Carnem tuam ne despexeris*, es tu moral cristiana. A consecuencia niegas tus deseos á la gran novedad de derramarse en los placeres: *tamquam non utantur*.

§ III.

¿Y será por esto, señores mios, un filósofo al modo de Diógenes, ó un solitario de la Tebaida ó desiertos de Nitria ó de Ciro? Nada de esto; vivia en sociedad y amó la sociedad en que vivia. Para hacer santo el amor de sí mismo, quiere enlazar á los ciudadanos en su amor. La máxima de Jesucristo: Así como te amas debes amar tus prójimos, *Diligis proximum tuum sicut te ipsum*, parece que era su gran máxima. Esta filosofía del

(1) *Gen.*, cap. XLIX.
(2) Cap. XLI.
(3) Cap. XLVI.

amor sagrado, corriendo desde el pecho del señor Moñino, venía á producir saludables efectos en los propios, en los extraños, en los indiferentes, en los amigos, en los enemigos.

¿Cuál es el carácter de su amor relativo á la familia? Una educacion cristiana; derramar consejos en los hijos y en los nietos; leyes de moderacion y dulzura; templo, retiro y visitas moderadas para las hijas; labor de manos que las distinga, como Salomon á la mujer fuerte. ¿Es su deber colocarlas? Les da estado como Raguel á su Raquel; como Laban á su Lia y otra Raquel, pero sin los artificios de este Laban; las escuelas ocupan sus niños; las humanidades y otras disciplinas mayores su juventud; cada uno maneja la vocacion que Dios le inspira, y su providencia dispone de ellos para los más sublimes destinos; como Tobías y como Job, cuida de sus hijos y de sus hijas este filósofo cristiano, cuyo amor se extiende más y generosamente se propaga. El hombre de mérito, el desvalido, el labrador ajado, las huérfanas, las viudas, los regulares de todo instituto, los eclesiásticos de probidad, los militares de conducta y honor, todos le frecuentan. Es de todos y para todos; á unos sirve con limosnas, á otros con el perdon de sus deudas, á otros con el de los réditos que debian contribuir por las haciendas, á otros con el aviso y correccion, á otros, como Elisco, con recomendaciones cerca del trono; á todos con palabras festivas y la risa en sus labios. Esta fué la práctica de Job entre los orientales: ser el todo para todos. Nuestro anciano, de nadie habla mal, y de todos han de hablar todos muy bien; la reprension es su respuesta, cuando alguna lengua se descamina. ¿Le dan que sentir? Pues éstos, previene á su familia, son acreedores, por lo mismo, al mayor bien. Y ésta es, ¡oh cristianos! la filosofía del Evangelio: *Benefacite his qui oderunt vos.*

Mas éste es igualmente el amor universal, conciliado y reunido con el amor de sí mismo. Como si fuera el padre de la ciudad y de la extension de su vega, es el todo de todos los hijos y de todos los padres. No admiro, por tanto, que todos le deseen uniformemente el tratamiento del Abuelo. A la verdad se desvelaba por los intereses ajenos, como si fueran muy suyos. ¿La satisfaccion de los naturales busca consejo en sus conocimientos y experiencias? Le hallan. ¿Confian á su fe varios asuntos y negocios? Da justos expedientes y nadie reclama. ¿Tiene que exponer sobre cosas eclesiásticas? Lo ejecuta con limpieza inimitable.

¿La potestad de la Iglesia y del siglo juzga á propósito consultarle? No abusa de sus reflexiones. ¿Los obispos prefieren alguna vez su dictámen, contra las insinuaciones de sus vicarios generales? No se gloría, no se jacta. ¿Le solicitan en sus perplejidades los mismos obispos? Responde con serenidad y candor, indicando el recto camino para salir de la opresion. ¿Este su oráculo no es siempre conforme á las líneas que tira el amor propio? Sin embargo, no cede. Tiene que ceder el amor propio de los extraños, y los prelados suscriben. No fué otro el sistema de san Pablo en Antioquía acerca del príncipe de los obispos y de los apóstoles.

§ IV.

Sin duda eres el filósofo de los hombres, ¡oh respetable anciano! pues tus acciones descubren que los amas cuanto te amas: *Sicut te ipsum.* Y ¿serás igualmente como por excelencia el filósofo de Dios? Las divisas del que lo es, si aparecen impresas en la conducta del señor Moñino, mostrarán que lo es. «Maestro de Israel (preguntaba la política maligna de los fariseos), ¿cuál es el gran mandamiento que obra en la filosofía divina de la ley? ¿Cuál es su corona, su perfeccion? *Quod est mandatum magnum in lege?*—No es otro, responde Jesucristo, que amar á Dios de todo corazon.» No podemos escudriñar los senos de los corazones; pero el venerable anciano de Murcia llevaba el suyo en las manos. Sus modos de pensar y sus obras, hasta aquí referidas, lo ponen de manifiesto. Si la gloria de Dios, si la salvacion de su alma no hacian su objeto, ¿le constituyó, por ventura, la hipocresía? Mas ¿qué interes, qué ascensos, qué prosperidades, qué placeres habia de granjearse por un arbitrio tan infame? Todo estaba en su mano, sin otras expensas, fatigas, artificios, sorpresas, representaciones, que su arbitrio, que su antojo mismo.

Ántes de la época de sus dias grandes, ¿se le tildó acaso de ambicioso, de avariento? Apelo, señores, á vuestro testimonio. Resta persuadirse que sus acciones caminaron presurosas al verdadero y único fin, y que jamas padeció extravío aquella su filosofía evangélica: *Diliges Dominum Deum tuum.* Su devocion al rosario, al patriarca san Josef, á san Isidro labrador, al modo más propio de exaltar sus excelencias, tambien á los libros espirituales, ¿por qué? porque Dios fuese el amado de su corazon. Y ¿por qué el uso de oratorio privado, cuando ya las estaciones podian maltratarle? ¿Por qué fomentar con ardor la estructura de este amplísimo templo, como el suyo David y Salomon? ¿Por qué erigir altar y capilla, como altar un Noé, un Abrahan, un Isaac? Y ¿por qué hacer panteon? Porque pensaba juntar el amor de Dios con el tránsito de su muerte. En suma, ¿qué le movia á desvelarse tanto en la creccion de un atrio magnífico, sostenido de los jaspes más preciosos que, en robustas columnas, labradas segun los órdenes más exactos de griegos y romanos, le rindiesen una séria y grave hermosura? Sin duda el deseo de tributar más y más honores al Dios de su amor.

Si no me lisonjean mis modos de opinar, deberé concluir, cristianos mios, que Dios ha premiado

esta filosofía de amor áun en la tierra, no ya sólo con grandezas terrenas, que le rodearon, sin tocarlas con el dedo, y de que, consiguientemente, jamas abusó; no precisamente con vida prolongada, salud vigorosa, vista penetrante, armonía de pulso, viveza y perspicuidad de potencias, retenidos tantos bienes hasta el último año de su edad, por manera que se puede repetir fuera de encarecimiento: *Deficiens mortus est in senectute bona;* sino tambien con una enfermedad sin fatigas y una agonía sin penas. Nadie ignora se ha extinguido la luz de esta candela por sí misma, sin soplo violento. Por grados se fué marchitando el heno y la flor de esta vida. Insensiblemente se disminuyeron sus fuerzas corporales, sin ver contra sí los choques y tumultos de unos humores que combatian á los otros. Por grados se iban eclipsando las fuerzas espirituales del entendimiento, memoria y voluntad. Su cuerpo no tenía sensacion para las acerbidades dolorosas, ni su alma para las angustias de espíritu que trae la impresion de la muerte vecina, del juicio de Dios y de la sentencia, que podia hacerle para siempre un réprobo del todo infeliz. Ninguna de estas penalidades influia.

Por otro aspecto, su vida llena de moderacion, y los sacramentos recibidos en aquellos breves intervalos de su razon, la copia de gracias celestiales que es verisímil, y el transporte de sus potencias, redimiéndole de furiosas sugestiones en la última hora, le proporcionaba piadosamente una eterna felicidad.

Por estos temores, algunos de los santos rogaron á Dios les privase del uso de la razon en aquel lance terrible, y el señor Moñino, siempre moderado, consiguió lo que desearon aquellos siervos de Dios. Esta dulzura de muerte es digna de notarse. En personas de vida relajada sería un azote y un fatal carácter de reprobacion; mas está léjos de serlo en quien ha hecho una vida regular, preparándose al compas de la filosofía de Cristo.

Filosofía de Cristo, que se vió lucir y brillar áun en aquellos breves instantes de conocimiento. ¿Qué hizo en ellos? Clamar contra toda indecencia, pareciéndole que los domésticos faltaban al respeto de su cuerpo en las funciones inevitables de moverle y consultar al aseo. Así fallece, filosofando su amor sobre la virtud. Muere un Jacob y un Tobías en el regazo de dulces coloquios espirituales con sus hijos. Y el recomendable señor Moñino, ¿no se despide para la otra vida, haciendo apologías de la más laudable modestia? ¿No abraza desde luégo el consejo del *Eclesiástico*, que exhorta venga á ser la agonía de un alma íntegra batallar por la justicia? *Pro justitia agonizare pro anima tua* (1). Y ¡quién agoniza batallando por lo justo de la modestia, sino este filósofo de Murcia!

El suceso de su transmigracion se refiere al dia 10 de Marzo, á las cinco y tres cuartos de la mañana, corriendo el presente siglo XVIII y el año 1786.

Cristianos: Como es la vida es la muerte. Es difícil morir bien el que vive mal, y morir mal el que vive bien. Esta sentencia, propia de un Jerónimo y un Agustino, debe ir impresa en vuestros pechos. Filosofad bien sobre la muerte y la vida. La filosofía de la vida, segun toda su extension, está abreviada en el amor santo de sí mismo, del prójimo y de Dios; porque todos los profetas y toda la ley penden necesariamente de la majestad de este precepto (2).

De aquí se origina el recto uso del mundo, sin enamorarse de sus ilusiones y atractivos. De aquí el reinado de la moderacion en todas las empresas. De aquí la paz del alma en los lances prósperos y adversos. Alegres, con efecto, en el amor de nosotros mismos, de Dios y de nuestros hermanos, conquistemos á Jesucristo.

Este amor filosófico nos pone á cubierto del funestísimo que derrama la falsa filosofía condenada por san Pablo: alerta, nos dice, reclamando que nos encante alguno con vanas filosofías (3): *Videte, ne quis vos decipiat per philosophiam.*

Éstas han corrido en nuestros dias. Éstas forman el monstruo que dió á luz un Baile, un Rousseau, un Voltaire, un Diderot, un Alembert. Tienen la virtud de separar los hombres del sólido amor á los otros y á Dios. Los deja embriagados de sí mismos, como si fueran otras tantas divinidades; pero nuestro amor filosófico los intima á su Criador; les hace llorar delitos y las más horrendas transgresiones; los conduce á una vida enteramente nueva, los llena de compasion por los atribulados, ya vivos, ya difuntos. Hoy mismo, naturalmente, nos inspira rogar al Omnipotente con cierta particularidad por un vivo, y por el difunto que le dió sér.

¡Dios eterno, padre de las misericordias! Misericordia de nuestras miserias; misericordia de la ciudad, del clero, del Estado, del trono; misericordia del alma de este buen ciudadano; misericordia para que sea redimida del fuego del purgatorio (si por ventura le abrasa); misericordia, en fin, para que vuele en este momento á descansar en tu gremio.—R. I. P.

(1) *Eccli.*, cap. IV.

(2) San Mateo, cap. XXII: **In his duobus mandatis universa lex pendet, et Prophetæ.**

(3) Cap. II, *Ad Colossenses.*